

# El último austrohúngaro

## Conversaciones con Berlanga

Manuel Hidalgo  
Juan Hernández Les

**Alianza** editorial

Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografías de cubierta © JOSÉ AYMÁ/El Mundo

*Reservados todos los derechos.  
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier  
medio, sin la preceptiva autorización.*



© Manuel Hidalgo y Herederos de Juan Hernández Les  
© Alianza Editorial, 2020  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1362-127-2  
Depósito legal: M. 26.803-2020  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# Índice

11 Prólogo a la primera edición (1981)

13 Prólogo a la nueva edición (2020)

## PRESENTACIÓN

17 Una teoría del cachondeo, por Francisco Umbral

## INTRODUCCIÓN

21 Retrato del cineasta en su laberinto

## CONVERSACIONES

35 1. Esa pareja feliz (1951)

51 2. ¡Bienvenido, Mister Marshall! (1952)

65 3. Novio a la vista (1953)

77 4. Calabuch (1956)

91 5. Los jueves, milagro (1957)

101 6. Plácido (1961)

111 7. La muerte y el leñador (episodio de Las cuatro verdades) (1962)

125 8. El verdugo (1963)

137 9. La boutique (1967)

149 10. ¡Vivan los novios! (1969)

- 159 11. Tamaño natural (1973)  
171 12. La escopeta nacional (1978)

#### REPORTAJE

- 181 13. Patrimonio nacional (1980): el marqués vuelve a palacio

#### NOTAS

- 189 14. Origen, hilván y cierre (1981-1999)

#### APÉNDICES

- 211 Cronobiografía  
247 Filmografía  
279 Agradecimientos  
281 Índice onomástico y de películas

A Elisenda Nadal



## Prólogo a la primera edición (1981)

Este libro nace de la admiración que sus autores tenemos por el cine y la personalidad de Luis García Berlanga. A ello se añade la sorprendente existencia, a estas alturas, de una laguna evidente en la bibliografía cinematográfica sobre la obra de este cineasta singular. Efectivamente, salvo críticas y pequeñas monografías y entrevistas dispersas, no existe ningún estudio en profundidad accesible para el aficionado. Queremos citar, no obstante, el acertado trabajo de Diego Galán, *Carta abierta a Berlanga*, editado por la Semana de Cine Iberoamericano de Huelva, cuya lectura nos ha sido de notable utilidad.

Nuestro libro, que se acoge al ya clásico esquema de las conversaciones, de comprobada eficacia, no pretende ser sino una reflexión dialogada y compartida con el propio cineasta sobre su obra. No hemos desdeñado las alusiones biográficas ni las incursiones en la historia del cine español, si bien nuestro objetivo principal ha sido el análisis pormenorizado de la filmografía berlanguiana.

El lector, junto a los aspectos esenciales de ese análisis, encontrará abundantes anécdotas, cuya presencia en el texto es totalmente deliberada, no sólo por su contribución a una deseable amenidad,

sino también por resultar, en muchos casos, sumamente ilustrativas de las miserias y grandezas entre las que se desenvuelve el quehacer cinematográfico en España.

Elaborado el planteamiento general de nuestro trabajo, y conseguida la complicidad de Berlanga, procedimos a revisar con detenimiento la totalidad de sus películas en la Fimoteca Nacional, a cuyos trabajadores queremos expresar nuestro agradecimiento por la colaboración prestada. Simultáneamente y con posterioridad elaboramos unos amplios cuestionarios, e iniciamos la fase de entrevistas, que han quedado recogidas en más de cuarenta horas de grabaciones. Transcritas las cintas magnetofónicas, hicimos algunos reajustes de montaje y acometimos la redacción definitiva del libro.

Queremos hacer constar el magnífico recuerdo que guardamos de todas nuestras charlas con Berlanga. Nos reunimos en su despacho de la Fimoteca Nacional, en la oficina donde prepara su próxima película, en su casa y, en ocasiones, en diversas cafeterías madrileñas, a ser posible equidistantes de los lugares donde él y nosotros desarrollábamos nuestro trabajo habitual.

Manuel Hidalgo  
Juan Hernández Les



## Prólogo a la nueva edición (2020)

En el verano de 1979, cuando Juan Hernández Les y yo comenzamos nuestras largas charlas con Luis García Berlanga, el cineasta había rodado ya doce largometrajes —si incluimos su *sketch* de *Las cuatro verdades*— y escribía con Rafael Azcona, tras el enorme éxito de *La escopeta nacional*, el guion de *Patrimonio nacional*, cuyo estreno vino a coincidir con la salida en Anagrama de la primera edición de este libro.

Sin entrar ahora en una valoración crítica de los seis largometrajes que Berlanga rodaría después —ni en una comparativa con los anteriores—, los historiadores del cine saben muy bien que su estilo cinematográfico, su mirada hacia la vida y el núcleo esencial de su personalidad estaban ya de sobra decantados y no experimentarían después ninguna variación significativa.

Quiere esto decir que la vigencia de estas conversaciones, de las opiniones y puntos de vista que Berlanga manifiesta en este libro, se muestra hoy incólume. Al abordar esta edición, me he limitado a corregir algunos errores y erratas de la edición anterior y, en todo caso, a mejorar alguna expresión poco agraciada del texto original, dejando que éste conserve toda su fresca testimonial, también unida al

retrato de Berlanga que su buen amigo Francisco Umbral, gran cronista del momento, hizo en su prólogo.

Consciente de la probabilidad de que estas conversaciones vayan a llegar a lectores jóvenes y no tan jóvenes que las desconocían, he visto oportuno ampliar la utilidad y proyección de futuro del libro con tres nuevas aportaciones: unas notas críticas sobre las películas que el director filmó después de nuestras charlas, una cronobiografía detallada del cineasta, con datos nunca reunidos hasta ahora en síntesis manejable, y, por último, una filmografía mejorada, completa e ilustrada con los carteles de las películas. El objetivo es evidente: lograr que el libro que tiene el lector en sus manos redondee el primordial valor de las declaraciones y análisis de Berlanga con elementos críticos, informativos y documentales que certifiquen y potencien, por partida doble, su interés actual y hacia adelante.

Mi amigo Juan Hernández Les falleció en enero de 2019. La audaz iniciativa de este libro fue suya. Cuando empezamos nuestros encuentros con Berlanga en 1979, yo apenas llevaba un año residiendo en Madrid, era redactor-jefe del entonces semanario *Fotogramas* y tenía 25 años. Juan, quizá con tres años más, era un crítico de cine consolidado y había publicado, con Miguel Gato, un libro importante, *El cine de autor en España* (Castellote editor). Su entusiasmo y resolución fueron decisivos, como también lo fueron para mí, y siempre le estaré muy agradecido, la calurosa acogida y la ayuda que me prestó en mis primeros pasos en Madrid.

Juan se desplazó pronto a vivir a A Coruña, donde desarrolló una relevante carrera como profesor universitario y donde escribió importantes libros académicos dentro de su especialidad, mientras seguía publicando estudios sobre los grandes maestros —Mizoguchi, Welles, Haneke...— y otros muy personales y bastante insólitos sobre su peripecia como crítico de cine.

La distancia y los diferentes azares personales y profesionales de nuestras vidas —y, más tarde, la muerte de Berlanga en 2010— obstaculizaron que Juan y yo pudiéramos prolongar nuestras charlas formales con el director.

Cuando ahora he repasado nuestras conversaciones, me he sentido muy afortunado por haber tenido el privilegio de conocer, tratar y disfrutar de la confianza, el talento, el humor y la agudeza de pensamiento de Luis García Berlanga, cuya voz y gestos me han llegado exactos —como si lo tuviera delante otra vez— al releer sus palabras. Al igual que a mi amigo Juan, le guardo a Luis un enorme agradecimiento por su generosa amistad y por las muchas cosas que aprendí de él. Espero que este libro pueda aspirar a contar con su aprobación y, por supuesto, a ser del máximo interés para los lectores que conocieron la versión anterior y, sobre todo, para los lectores que se acercan a él por primera vez. Con todos ustedes, el irrepetible e inimitable maestro Luis García Berlanga.

Manuel Hidalgo  
en Madrid, julio de 2020



## PRESENTACIÓN

# Una teoría del cachondeo, por Francisco Umbral

Uno tiene más o menos esbozada una *Teoría del cachondeo*, por la cual resulta que los tres grandes cachondos nacionales de la dictadura (cuando el cachondeo era una forma de resistencia pasiva) fueron Cela en la novela, Fernán Gómez en el teatro y Berlanga en el cine.

Luis Berlanga se vestía de indiferencia y de pereza para meterle a la censura cuchillos como *El verdugo*, que llegaban al corazón mismo de la dictadura. Ahora que ha venido la democracia, Luis está haciendo la saga de las clases sociales en fuga. Así, *La escopeta nacional*, crónica anarcoesperpéntica de la transición Falange/Opus, y ahora *Patrimonio nacional*, en un palacio de Cibeles, centro de Madrid, crónica de monárquicos que se han quedado sin la monarquía sepia que entresonaban. Luis Berlanga es el sociólogo español que mejor se mete los dedos en la nariz.

Pero donde más y mejor veo y visito a Luis es en su casa de Somosaguas, al costado casi femenino de un fuego que él ha encendido en la chimenea, no sé si por cortesía hacia su frío o hacia el mío. Me gusta mucho la casa de Luis, porque está llena de cosas antiguas y alegres, modernas y no modernas, y porque hay en ella como un

rumor secreto de vida y trabajo que anda por las alturas abuhardilladas de los hijos o por los declives del jardín, donde el niño de la familia pilota algún juguete a motor atómico. Este hogar del gran pezoso oficial es un enjambrado ruido colmenero (tan integrado en el silencio) de gente y trabajo.

María Jesús, la santa esposa, hace muchas más cosas de las que parece que hace, porque es la perfecta casada de Fray Luis, pero en soriano, y a última hora me regala plumieres infantiles como cofres carpinteros de mi infancia, porque no sabe que yo era un niño sin plumier. El síndrome/plumier es otro de mis síndromes freudoharapientos.

Me recuerda esta casa el cuento de los enanitos que eran dedos, y que uno fue a por leña y otro fue a partirla y otro buscó un huevo y otro fue a freírlo. Hay un Berlanga junior que traduce a Bukowski paciente y acertadamente, con la misma delicadeza con que Salinas traducía a Proust. Hay otro Berlanga junior que hace música pegamoide en silencio (los músicos suelen trabajar en silencio, desde la sordera de Beethoven hasta el ruido de Wagner, que no dejaba oír nada). El pegamoide, luego, triunfa en Madrid con la música que ha gestado calladamente en el piano de Beethoven comprado de reventa en el Rastro.

Hay otro Berlanga junior, o el mismo, o yo no sé, que dibuja cómics o diccionariza el cheli, poniéndome oportunas y sensatas objeciones. Hay, en fin, dentro de todo este rumoroso silencio de casa bien tenida, un hombre de cabeza romana un poco deteriorada por los siglos que se meten un dedo en la nariz (algo tienen que hacer los siglos para pasar el tiempo), y es Luis, el padre, que está en su celda alta, secreta, monacal, a la que nunca me ha dejado subir, y de la que baja por una escalera lateral y como de palomar, cuando uno llega. Viene aún con las gafas puestas de manera que no coincidan para

nada con los ojos, y no se sabe si ha estado escribiendo un guion o haciendo la cuenta del mercado.

Lo indudable es que allá arriba se esconde para trabajar duro el holgazán blando del cine español, porque baja en zapatillas (o «de» zapatillas, como se plantearía ficticiamente Baroja, queriendo quedar de estilista). Y Luis es, sin duda, un hombre que trabaja en zapatillas, porque todo su cine está como enzapatillado, traído de la categoría histórica a la anécdota cotidiana, y narrado con sigilo, sin grandes palabras ni grandes *travellings*. Por eso es un cine popular y exigentísimo (en la exigencia del medio tono), que sugiere a media voz lo que otros querían denunciar a voces.

Los antecedentes cinematográficos de Luis no sé deducirlos. Dejo eso para los listísimos chicos que hacen libros sobre él. Sus antecedentes literarios están en los costumbristas, en el entremés, Arniches, Solana, el sainete y hasta la zarzuela. Como Valle-Inclán, Luis sabe tomar los géneros ínfimos y hacer con ellos otra cosa. Luis intuye que la vida se configura realmente en folletín, en folletón, en serial, en melodrama, en sainete, porque la vida no es sino mala literatura, que jamás acertaría por sí misma a constituirse en *La fenomenología del espíritu*.

Conocedor, pues, de la morfología de lo cotidiano, que nunca es sublime, se limita a filmar la vida por sus costados más obesos, y luego hace el montaje de esa filmación procurando que nada quede demasiado artístico ni redicho. Sin duda tiene presente la frase de Buñuel ante cualquier realizador nuevo, estetizante y escapatista:

—Vaya, éste nos ha salido artista.

Luis me reprocha que mis libros no sean más «ereccionales», con lo que quizá me está reprochando, también, el escorarme hacia el esteticismo, el lirismo y otras bellas artes. Es bueno, por eso, frecuentar

su amistad de señorito fallero, de pintor de brocha gorda que afina como el pincel de Brueghel, de «fanfarrón inverso», como le llama Bardem. Es someterse a unos ejercicios espirituales como los de San Ignacio, pero al revés. Novelista de medio siglo español, Luis inaugura un género tan importante como el esperpento de Valle o el capricho de Goya: el cachondeo.



## INTRODUCCIÓN

# Retrato del cineasta en su laberinto

Hace calor. Llamamos a la puerta.

—El señor les espera.

Es una de sus sirvientas. La más joven. El despacho del director se encuentra en la punta este de la finca. Para llegar allí hay que subir unas escaleras y atravesar un largo pasillo de madera que cruje bajo nuestros pies. Pisamos con cuidado. El silencio es completo.

Hace días que hemos explicado a Berlanga nuestro proyecto. Está de acuerdo. Es verano. Las conversaciones que siguen al primer encuentro tienen lugar durante esta tórrida estación que hace que el calor en Madrid resulte siempre insoportable.

La biblioteca del cineasta es abundante y selecta. Destacan los libros eróticos y los volúmenes en lengua francesa. Las revistas —una de sus pasiones— proliferan. Sobre una enorme mesa en forma de ángulo recto reina un controlable caos.

Berlanga no fuma. Lo más probable es que no haya fumado nunca. No bebe. Más adelante, en las refrescantes terrazas de Concha Espina, al lado de un *pub* donde diariamente se reúne a trabajar con Rafael Azcona, el hombre invisible, observamos que siempre pide una botella de agua mineral sin burbujas.

La habitación está rodeada, en sus tres cuartas partes, por un largo ventanal desde el que, a lo lejos, se divisa la Plaza de España. La finca está situada en el privilegiado oasis de Somosaguas, muy cerca del amenazante edificio de RTVE. El archivo, grandes cajas anaranjadas fabricadas por él mismo, ocupa toda una pared del despacho. Nunca supimos lo que contiene: es posible que ni el propio Berlanga lo sepa. Los cuadros que adornan la estancia no consiguen robar protagonismo a la decapitada cabeza de una muñeca de tamaño natural.

—Papá, es la hora, ven a jugar.

De vez en cuando, el más pequeño de sus hijos —tendrá siete u ocho años— interrumpe la conversación tras haber ascendido por una escalera independiente que sólo utilizan los inquilinos de la mansión. Berlanga le aleja y continúa su discurso. Ha hecho una pausa. Reconoce que una de sus grandes frustraciones es no haber tenido una hija. Sus cuatro hijos son varones. Él es el cuarto en una familia de cuatro hermanos varones. Por el momento, todos sus hijos le han salido «artistas». El mayor, José Luis, está vinculado a «La Salamandra P. C.», productora de la que han surgido películas como *Opera prima* y *La mano negra*. El segundo, Jorge, es escritor; traduce, prologa y redacta artículos y críticas en la prensa. El tercero, Carlos, es músico: toca en el grupo Alaska y los Pegamoides. Al cuarto, Fernando, le acaban de conocer. Todos ellos son tímidos, introvertidos y misteriosos. A su padre, nos lo ha dicho, le gustaría saber qué piensan de él. Quizá Berlanga sienta una cierta debilidad por Jorge, un tipo pasmosamente eléctrico y abismal.

Berlanga no es una persona fácilmente entrevistable: su memoria es endeble, y su discurso tiende a la digresión. Además, lo admite, mixtifica maliciosamente sus recuerdos. Por ejemplo, no es cierto que fuera expulsado por los jesuitas del colegio de San José de Valencia por haber orinado en una papelera. El escatológico sabotaje fue

obra de su compañero de pupitre. No da, en cambio, Berlanga por apócrifa la leyenda de la Academia Boix, centro de estudios que tuvo que abandonar por colgar del capitel de una puerta un cubo lleno de agua. La sonrisa que esboza nos hace dudar, pero estamos condenados a creerle todo lo que nos cuente. Siempre ha preferido Berlanga, como Ford, la leyenda a la historia. Durante un año —ya que sus ocupaciones y las nuestras impidieron acortar el proceso de acumulación de datos— ha cambiado más de una vez el sentido de sus comentarios.

Acaba de sonar el teléfono, y apagamos el magnetófono. El teléfono es su gran aliado. Cuando suena lo descuelga y escucha. Abajo, en el *hall*, la sirvienta pregunta por otro teléfono quién es el que solicita hablar con el señor. Y el señor, arriba, cuelga: la voz que oye furtivamente no corresponde al tipo que le interesa.

—¿Dónde estábamos?

Con frecuencia pierde el hilo de la conversación. Berlanga es relativamente joven: tiene 59 años, edad que no le exime de sufrir a la vez —aprensiones aparte— una úlcera de duodeno y una embarazosa artrosis en una de sus rodillas, que le obliga a rodar sentado desde hace unos años.

Berlanga es larguirucho, atlético y canoso. De chaval corría los 100 metros lisos y los 4 × 100 relevos. Los espectadores, entonces, le llamaban «espárrago» y «longaniza». No llegó a ganar ninguna carrera importante, y pronto cambió de pasión deportiva: con los años se convirtió en un consumado ciclista. Todavía hoy sigue con atención las informaciones que ofrece la prensa sobre el Tour de Francia y el Giro de Italia.

Ha extendido las piernas encima de la mesa, mientras hurga con la mano en algún moco rezagado en el interior de sus fosas nasales. Tal inclinación no ensombrece el inconfundible *visage* romano de su

porte, el toque fenicio de su perfil, la nobleza despejada de su frente, el azul mediterráneo de sus ojos. Se jacta de ser un pedorreta de primera clase, pero somos testigos de que nuestras cintas no han registrado pedo alguno. Eructos sí, y mereció la pena.

Pese a ser un misógino, las mujeres le distraen: enmudece, gira la cabeza y las sigue con la mirada hasta que las pierde de vista. Pero no las piropea. En algunos estrenos suele vérselo acompañado de su joven y elegante esposa, lo que se dice «una gran señora». Por extrañas y misteriosas razones, ajenas a nuestra inteligencia, ella nunca fue tema de conversación durante el tiempo que nos llevó confeccionar este libro. Aunque Berlanga no cree en el matrimonio, no parece que el suyo le haya ido mal. Da la impresión de que su clandestina —para nosotros— mujer le perdona sus fanfarronadas, sus demolidores discursos sobre «ese animal que nos domina y aterriza». Uno de sus pequeños fracasos es no haber conquistado a las mujeres, por culpa, según dice, de no saber bailar. En el transcurso de un acto público —la presentación de una novela—, observamos que una atractiva joven se le acercó y se colgó de su cuello. Berlanga, muy desconcertado, no sabiendo qué hacer, se quitó la corbata y se la regaló. De estar solos, quizá le hubiera ofrecido hasta los calzoncillos.

El primer contacto con una sonrisa vertical se lo proporcionó una talluda prostituta, en Barcelona, poco después de acabar la guerra. Berlanga siente un gran respeto por esa institución que mantiene indeleblemente unida a la familia, pero confiesa que su primera experiencia sexual con aquella vieja meretriz fue un desastre: no tenía dinero para pagar y la acusó de habérselo robado.

Unos días más tarde Berlanga nos lleva desde su domicilio a su oficina de la Gran Vía. En el trayecto, mientras atravesamos la Casa de Campo, nos cuenta una anécdota, no registrada por el magnetófono, que tiene por protagonistas a Bardem y a él. Más adelante, en

el transcurso de la conversación, el lector podrá comprobar que las relaciones mantenidas entre ellos se caracterizaron tanto por la complicidad como por la discordia.

El hecho ocurrió a fines de los años cuarenta, cuando ambos cursaban sus estudios en el IIEC. Filmaban unas tomas en exteriores. Bardem se empeñó en rodar unas nubes. Berlanga se opuso aduciendo razones técnicas. Y se pusieron morados a golpes. Hoy Bardem y Berlanga se ven a menudo y se besan cuando se saludan.

A Berlanga le hace feliz que le recordemos la fecha de su nacimiento, el 12 de junio de 1921, en Valencia; un mes antes de que el general Silvestre fuera cercado junto a sus tropas en Annual y el mismo año en que José Buchs dirigió *La verbena de la Paloma*, interpretada por Florián Rey. Pertenece, por lo tanto, al signo de Géminis, un signo de artistas, poetas e intelectuales, de hombres que conservan hasta el final la dulzura en los ojos y la ingenuidad en la sonrisa. Berlanga no tiene cara de adulto. Hace tiempo que decidió no hacerse mayorcito. Una geografía de ilusiones se desparrama en su rostro pesimista. Y le pierde la ternura.

Hubo antecedentes artísticos en la familia de Berlanga. Un tío suyo, Luis Martí Alegre, hermano de su madre, escapó de joven a Barcelona y durante algunos años tocó el piano en los cabarets. Incluso la primera película realizada en valenciano, *El faba de Ramonet*, está basada en una obra teatral de su tío. Parece ser que en ella debutó con un papelito Ismael Merlo. La película es del 32 o 33, y tuvo un éxito enorme.

Este detalle nos llevó a inquirir la razón y el motivo de su segundo apellido: en realidad debería llamarse Luis García Martí, pero el *affaire* viene de lejos, y se remonta a la época de Canalejas. Fue el abuelo quien se llamaba García Berlanga. Era diputado a Cortes y republicano. Al morir durante unas elecciones, su partido propuso a